



España y el Shock Trump: Entre el Escudo y la Sombra de la OTAN

Por: [Prof. Ruel F. Pepa](#)

Globalización, 16 de octubre 2025

Región: [EEUU](#), [Europa](#)

Tema: [Defensa](#)

*Cuando **Donald Trump** suele lanzar un golpe diplomático, rara vez es sutil, y esta vez España se encontró directamente en su punto de mira. Hablando desde la Oficina Oval el pasado jueves junto al presidente finlandés **Alexander Stubb**, el presidente estadounidense centró la discusión en la carga compartida dentro de la OTAN, afirmando que los aliados habían acordado “prácticamente por unanimidad” aumentar el gasto en defensa al 5 % del PIB. Tras hacer esa afirmación, hizo una pausa para más efecto y añadió una punzante provocación: “España no estuvo de acuerdo — tal vez deberíamos sacarlos de la OTAN”. [1]*

El comentario combinó el discurso político con la provocación teatral, utilizando una reunión bilateral de alto perfil para señalar a un aliado por su nombre y plantear la extrema consecuencia de su expulsión de la alianza. Ya fuera como señal de política seria, táctica de negociación para avergonzar a los rezagados en gasto o simplemente como un recurso retórico, el comentario elevó la temperatura de lo que normalmente es una diplomacia cuidadosa y discreta de la Alianza. También destacó la falla recurrente en las relaciones transatlánticas: la presión persistente de EE. UU. sobre los socios europeos para cumplir con los objetivos de gasto en defensa y la fricción política que esa presión genera en capitales con limitaciones internas y prioridades en competencia.

Más allá del impacto inmediato, el episodio tiene implicaciones prácticas. Amenazar públicamente con expulsar a un miembro de la OTAN, aunque sea de manera retórica, complica la construcción de consensos dentro de la alianza y puede tensar las relaciones bilaterales con el país señalado. Para España, el comentario será probablemente percibido como un agravio a su posición en la OTAN; para otros aliados, sirve como recordatorio de que los debates sobre financiación de defensa siguen siendo explosivos y ahora se desarrollan en los escenarios diplomáticos más visibles.

La línea fue “vintage Trump”: parte arrogancia, parte provocación, parte política por impulso. Pero en Madrid, cayó con un estruendo.

Una Onda de Choque en Madrid

A pocas horas de que los comentarios de Trump rebotaran en los medios internacionales, el presidente del Gobierno español, **Pedro Sánchez**, actuó rápidamente para contener las consecuencias. Frente a los periodistas en Madrid, desestimó las declaraciones como “retórica poco seria”, subrayando que España seguía siendo un miembro “leal y activo” de la OTAN. Sánchez destacó que España ha “incrementado de manera constante” su gasto en defensa en los últimos años y continúa desempeñando un papel significativo en operaciones aliadas, desde misiones de vigilancia aérea en el Báltico hasta esfuerzos de lucha contra el terrorismo en el Sahel y patrullas marítimas en el Mediterráneo. [2] Su tono fue medido pero firme, buscando proyectar estabilidad en medio de lo que muchos en su gobierno

percibieron como una provocación innecesaria desde Washington.

En la capital española, la reacción suscitó una mezcla de indignación e incredulidad. Políticos de un amplio espectro, incluso aquellos críticos de la OTAN, cerraron filas en defensa del compromiso de España con la alianza. Los periódicos publicaron titulares que presentaban el comentario de Trump como un insulto al orgullo nacional, mientras los comentaristas televisivos advertieron que tal retórica podía socavar la unidad entre los aliados occidentales en un momento de creciente inseguridad global.

Para la mayoría de los españoles, la OTAN es más que un pacto militar burocrático; es un símbolo de seguridad y pertenencia, es decir, un salvaguarda que ancla a España dentro del orden europeo y transatlántico. Ser “expulsado” de la OTAN, aunque hipotéticamente, no solo humillaría al país diplomáticamente, sino que también lo dejaría estratégicamente expuesto. En el flanco sur de Europa, España enfrenta un entorno de seguridad cada vez más complejo, desde migración irregular y crimen organizado hasta actividad yihadista e inestabilidad política procedente de África del Norte y el Sahel.

Quitar la OTAN dejaría a España desprotegida. Con un pie en Europa y el otro frente a las arenas cambiantes del norte de África, su geografía es tanto una bendición como una vulnerabilidad. Durante décadas, la alianza ha servido como escudo, la armadura que ha permitido a España navegar la turbulencia de su entorno con confianza. Sin ella, Madrid se enfrentaría a un panorama de seguridad mucho más precario e incierto.

La Corriente Disidente: Un Caso a Favor de la Distancia

Sin embargo, bajo la indignación nacional provocada por los comentarios de Trump, ha comenzado a fluir una corriente más silenciosa, aunque cada vez más segura, de disenso en los círculos de política de Madrid. Entre un segmento de estrategas, diplomáticos y académicos españoles, la controversia se interpreta menos como un insulto y más como una oportunidad de introspección. La provocación de Trump ha revelado inadvertidamente una verdad que muchos en el centro político español prefieren evitar: que la membresía en la OTAN puede costar ahora al país más en soberanía de lo que aporta en seguridad genuina.

Desde esta perspectiva, la OTAN no tanto protege a España como la expone. El marco de defensa colectiva de la alianza, a menudo invocado como garantía tranquilizadora, también actúa como un pararrayos, atrayendo a España al ámbito de rivalidades y crisis globales mucho más allá de sus fronteras inmediatas. Cada vez que Washington despliega su poder militar o la OTAN realiza una nueva demostración de fuerza, la membresía de España en la alianza la marca como un objetivo potencial en conflictos que ni comenzó ni controla.

En virtud de sus obligaciones con la OTAN, España se encuentra efectivamente dentro del perímetro estratégico de Estados Unidos, heredando tanto los beneficios como las animosidades que acompañan esa posición. A los ojos de quienes ven a Occidente como un bloque agresivo, ya sea en Moscú, Teherán o dentro de movimientos extremistas en Oriente Medio y África del Norte, la vista de la bandera española junto a las barras y estrellas no se interpreta como solidaridad sino como complicidad.

Esta perspectiva señala una paradoja geográfica y estratégica. Las mismas bases que simbolizan la contribución de España a la defensa occidental, como Rota y Morón de la Frontera, también la anclan en la arquitectura militar de Estados Unidos. Cuando aviones

estadounidenses atacan objetivos en Oriente Medio o cuando la OTAN aumenta su presencia en las fronteras de Rusia, estas bases se convierten instantáneamente en parte del tablero de ajedrez global, es decir, nodos potenciales en conflictos alejados de los intereses centrales de España. Lejos de aislar a la Península Ibérica del peligro, el argumento sostiene que la membresía en la OTAN la ata al epicentro de las tormentas geopolíticas.

Se trata del dilema de las alianzas modernas: cuanto más cerca está una nación pequeña o mediana de la principal potencia militar mundial, más visible y, por tanto, más vulnerable se vuelve. El escudo que promete protección también magnifica la exposición.

Esta ha sido una visión persistente, fuertemente escéptica de la orientación atlántica de España, que ve a la OTAN como una jerarquía dominada por Washington y las mayores potencias europeas. En este sentido, España se ve arrastrada a empresas estratégicas que ofrecen poco retorno para su propia seguridad, desde la intervención de 2011 en Libia, que contribuyó a desestabilizar el norte de África, hasta los despliegues actuales en los países bálticos que sirven a objetivos de disuasión alejados del Mediterráneo.

En cambio, se propone una visión diferente del papel de España: una basada no en estructuras rígidas de alianza sino en agilidad diplomática. Dada su geografía y sus vínculos históricos tanto con Europa como con el Sur Global, España podría actuar como puente y, por lo tanto, como mediador capaz de dialogar a través de divisiones, en lugar de como fortaleza atrapada en la lucha de otro. En esta interpretación, el arrebató de Trump es menos una humillación que una invitación a repensar la postura estratégica de España y preguntarse si estar en la mesa del poder significa necesariamente estar encadenado a sus batallas.

Dos Identidades, Un Dilema

El debate sobre la OTAN en España, en esencia, no se trata solo de presupuestos de defensa o logística militar, sino de quién cree España que es en el siglo XXI. Bajo la superficie de los desacuerdos políticos yace una cuestión más profunda de identidad nacional: ¿es España principalmente una potencia de Europa Occidental, firmemente anclada en estructuras de seguridad lideradas por EE. UU. e instituciones transatlánticas, o es una nación mediterránea con una cosmovisión propia, inclinada hacia la autonomía y una diplomacia global más diversificada?

Para muchos responsables políticos españoles y voces pro-OTAN, la membresía en la alianza es un pilar de la identidad moderna de España. Unirse a la OTAN en 1982 y reafirmar la membresía mediante el referéndum de 1986 simbolizó la normalización democrática del país tras décadas de aislamiento franquista. La participación en misiones de la OTAN, operaciones de mantenimiento de la paz y el marco de defensa europeo ha servido como prueba tangible de que España es un socio confiable que cumple con las reglas del orden democrático occidental. Para este sector, la membresía en la OTAN no es solo un arreglo militar; es una insignia de pertenencia, la expresión institucional de la transformación de España en una democracia madura y orientada hacia el exterior.

Sin embargo, los críticos ven algo distinto: una relación definida menos por asociación que por dependencia. Argumentan que la retórica de “solidaridad” y “defensa compartida” oculta un desequilibrio estructural en el que España sigue las prioridades estratégicas de Washington y Bruselas en lugar de establecer las suyas propias. Para ellos, la OTAN es un

recordatorio de que la soberanía de España sigue parcialmente limitada, su política exterior subordinada a los intereses de potencias que ven el Mediterráneo a través del prisma de la competencia global y no de la estabilidad regional.

Las realidades económicas complican aún más el panorama. La llamada de Trump a los miembros de la OTAN para aumentar el gasto en defensa al 5 % del PIB, es decir, más del doble del objetivo actual del 2 %, resulta prácticamente imposible de cumplir en España. Alcanzar tal exigencia requeriría decenas de miles de millones de euros adicionales, forzando difíciles compensaciones con programas sociales, infraestructura e inversiones en transición ecológica. En un país que aún lidia con los efectos persistentes de la crisis de la eurozona, la recuperación de la pandemia y los choques inflacionarios, sin mencionar una de las tasas de desempleo juvenil más altas de Europa, pocos votantes o políticos están dispuestos a priorizar tanques sobre maestros.

Así, el dilema de España es tanto estratégico como filosófico. Está atrapada entre dos fuerzas gravitatorias: la alianza transatlántica que reafirma sus credenciales occidentales y la esfera mediterránea que refleja su geografía, historia y crecientes ambiciones diplomáticas. Equilibrar esas identidades, una basada en la solidaridad y la otra en la soberanía, puede convertirse en el desafío definitorio de la política exterior española en los próximos años.

La Visión Transaccional de Trump

La amenaza de Donald Trump de “expulsar a España de la OTAN” nunca fue realmente sobre cifras. No se trataba de una propuesta seria de disciplina fiscal ni de un referente preciso de gasto en defensa, sino de un juego de poder. Su discurso sobre el objetivo del 5 % del PIB, una cifra muy por encima del 2 % recomendado por la OTAN, refleja su enfoque transaccional de larga data en las relaciones internacionales: la creencia de que las alianzas son menos acerca de valores compartidos y más sobre acuerdos negociados, donde la protección es un servicio y la lealtad debe pagarse en efectivo.

Esta visión ha definido la retórica de Trump sobre la OTAN desde su primer mandato. Ha presentado consistentemente a la alianza no como un pacto de defensa mutua, sino como un acuerdo desequilibrado en el que Estados Unidos paga la cuenta mientras Europa recibe los beneficios de seguridad. Según su narrativa, los aliados europeos son “aprovechados”, sacando partido de la fuerza estadounidense mientras descuidan sus propias responsabilidades militares. Exigir que los miembros aumenten el gasto al extremo 5 % del PIB es, por tanto, menos una cuestión de realismo político y más de espectáculo: una manera de dramatizar su mensaje central de que el apoyo de Estados Unidos tiene un precio.

Pero tal diplomacia directa y transaccional tiene consecuencias más profundas para ambos lados del Atlántico. Al presentar la OTAN como un esquema de protección más que como una asociación de iguales, Trump socava la confianza que sostiene la alianza. Los líderes europeos, ya inquietos por su estilo impredecible, interpretan estos arrebatos como una advertencia de que las garantías de seguridad estadounidenses ya no pueden darse por sentadas. La implicación es clara: si Europa quiere ser defendida, debe pagar o enfrentar el abandono.

Esta retórica ha acelerado, paradójicamente, un debate largamente latente en Europa sobre la necesidad de autonomía estratégica. Avanza la idea de que la Unión Europea debería

desarrollar la capacidad de defenderse independientemente de la buena voluntad de Washington. Lo que antes era una discusión minoritaria en los «think tanks» de Bruselas se ha convertido, gracias en parte a las provocaciones de Trump, en un objetivo estratégico general. Líderes como Emmanuel Macron han aprovechado las palabras de Trump como prueba de que la dependencia europea de la protección estadounidense es una vulnerabilidad estructural, no un confort.

En ese sentido, las amenazas de Trump pueden resultar contraproducentes. Su demanda de una mayor carga compartida europea, aunque basada en preguntas legítimas sobre el desequilibrio en defensa, se transmite de manera que aleja a los aliados y alimenta el movimiento de independencia que teme. Al tratar a la OTAN como un libro contable transaccional en lugar de un proyecto compartido de defensa colectiva, Trump ha convertido lo que antes era una cuestión de porcentajes en una cuestión de principios, obligando a Europa a preguntarse si el vínculo transatlántico aún se basa en la confianza mutua o únicamente en una factura.

El Acto de Equilibrio de España

En términos prácticos, la posición de España en la OTAN no está en amenaza real. El Tratado del Atlántico Norte no contiene ninguna disposición para expulsar a un estado miembro, y Madrid, según la mayoría de los informes, ya obtuvo una exención silenciosa de la “regla del 5 %” propuesta por Trump durante la cumbre de la OTAN en La Haya a principios de este año. [3] Diplomáticamente, la tormenta probablemente pasará, como suele suceder con muchos de los arrebatos retóricos de Trump, pero el temblor que causó ha dejado grietas visibles en el panorama político y estratégico.

Lo que el reveló este episodio no fue un riesgo genuino de expulsión, sino una inquietud más profunda: la creciente conciencia de España sobre su dependencia de un orden transatlántico cuyo centro de gravedad sigue firmemente anclado en Washington. La OTAN puede llamarse a sí misma una alianza de iguales, pero en momentos de crisis, Estados Unidos aún marca el tono, define la agenda y, como demostró Trump, puede convertir su posición de liderazgo en un arma con unas pocas frases desde la Oficina Oval. La situación de España es, por tanto, emblemática de una tensión europea más amplia que desafía el equilibrio entre la lealtad a un aliado indispensable y la necesidad de autonomía para definir la política nacional y regional.

Para España, este equilibrio es especialmente delicado. Su política exterior debe navegar constantemente entre múltiples órbitas: el vínculo transatlántico que ancla su seguridad; la Unión Europea, donde busca afirmar influencia; y el vecindario mediterráneo, cuya inestabilidad representa las amenazas más inmediatas a sus fronteras. El arrebato de Trump no alteró esta geometría, pero sí agudizó la pregunta subyacente: ¿cuánto de la dirección estratégica de España está determinada por sus propias prioridades y cuánto se hereda de la agenda de Washington?

También existe una dimensión psicológica en este acto de equilibrio. Durante décadas, la membresía en la OTAN simbolizó la emergencia de España como una democracia occidental segura, un marcador de pertenencia tras décadas de dictadura y aislamiento. Pero a medida que la política de la alianza se vuelve más volátil y el liderazgo estadounidense más errático, ese símbolo se siente menos estable. Los responsables políticos españoles se ven obligados a plantearse preguntas incómodas: ¿Puede una potencia media como España trazar un curso independiente sin arriesgarse a la marginación? ¿Puede mantener la

solidaridad con los aliados al mismo tiempo que afirma una voz distintivamente española en los asuntos globales?

En última instancia, la verdadera pregunta no es si España permanece en la OTAN, sino si puede hacerlo en sus propios términos. La teatralidad de Trump puede desvanecerse, pero el dilema estratégico que expuso persistirá: cómo conciliar las obligaciones de la alianza con la soberanía nacional y cómo mantenerse protegida sin quedar subordinada. En un mundo cada vez más definido por centros de poder cambiantes y líderes impredecibles, el desafío de España es convertir la dependencia en asociación que, al final, conduzca a una verdadera capacidad de acción.

Conclusión

El dilema de España con la OTAN, reavivado por la mofa de Trump, no es una disputa aislada sobre presupuestos de defensa. Es el espejo de una inquietud europea más amplia: cómo conciliar la lealtad a la alianza atlántica con un deseo cada vez más urgente de soberanía estratégica. Durante décadas, Europa ha confiado en el paraguas de seguridad estadounidense, segura de que los intereses de Washington se alinearían con los propios. Sin embargo, esa suposición ahora parece menos cierta que nunca.

La fanfarronería de Trump puede eventualmente desvanecerse, pero la pregunta que ha expuesto perdurará más allá de su presidencia: ¿puede Europa, y España en particular, sentirse realmente segura si su protección depende del temperamento de otro? Cada vez que hay un cambio constitutivo en la Casa Blanca, la política de defensa europea parece oscilar con ello. Para España, esa dependencia es más que simbólica; es estructural. Sus bases acogen fuerzas estadounidenses, sus misiones operan bajo el mando de la OTAN y sus presupuestos de defensa son juzgados no por prioridades nacionales, sino por expectativas estadounidenses.

Este es el corazón de la moderna paradoja de España: un país orgulloso de su soberanía, pero profundamente enredado en una alianza que no puede controlar. El debate que Trump reavivó, quizás sin intención, es uno que Europa en su conjunto debe enfrentar ahora: decidir si seguir viviendo bajo un escudo prestado o empezar a construir uno propio.

*

Fuentes

- [1] [Trump floats dropping Spain from NATO alliance | Reuters](#)
- [2] [Trump blasts Spain for being NATO's spending 'laggard.' Madrid replies that it is 'loyal' ally | AP News](#)
- [3] [Spain rejects Nato plan for member states to spend 5% of GDP on defence | Spain | The Guardian](#)

La fuente original de este artículo es Globalización
Derechos de autor © [Prof. Ruel F. Pepa](#), Globalización, 2025

[Comentario sobre artículos de Globalización en nuestra página de Facebook](#)
[Conviértase en miembro de Globalización](#)

Artículos de: **Prof. Ruel F. Pepa**

Disclaimer: The contents of this article are of sole responsibility of the author(s). The Centre for Research on Globalization will not be responsible for any inaccurate or incorrect statement in this article. The Center of Research on Globalization grants permission to cross-post original Global Research articles on community internet sites as long as the text & title are not modified. The source and the author's copyright must be displayed. For publication of Global Research articles in print or other forms including commercial internet sites, contact: publications@globalresearch.ca

www.globalresearch.ca contains copyrighted material the use of which has not always been specifically authorized by the copyright owner. We are making such material available to our readers under the provisions of "fair use" in an effort to advance a better understanding of political, economic and social issues. The material on this site is distributed without profit to those who have expressed a prior interest in receiving it for research and educational purposes. If you wish to use copyrighted material for purposes other than "fair use" you must request permission from the copyright owner.

For media inquiries: publications@globalresearch.ca